

APÉNDICE III

SOBRE EL ABECEDARIO LATINO (1)

I

Número de las letras

El abecedario latino se deriva del alfabeto dorio, usado por los griegos de Cumas y de Sicilia, como se demuestra por la semejanza de los signos, por la constante dirección de izquierda á derecha en la escritura, y por otras razones que no sería oportuno desarrollar en este compendio (2).

En las más antiguas inscripciones (208-202 años antes de Jesucristo) sólo se empleaban veinte letras, á saber: *A, B, C, D, E, F, H, I, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, V, X*.

Posteriormente se introdujo la *G*, y se usó de la *Y* y la *Z* en transcripciones de vocablos griegos.

Los romanos concedieron igual valor á los signos *V* y *U*, de los que se servían indistintamente para el sonido vocal de nuestra *u* y el semivocal de la *v*.

Fué absolutamente ignorado el signo *J*, introdu-

(1) Damos la preferencia á la voz *abecedario* porque nos parece impropio llamar *alfabeto* al catálogo de los signos gráficos en idiomas latinos, ya que se acostumbra para esto emplear las primeras letras; v. gr.: los hebreos dicen *alefato*, por ser *alef* su primera letra; los griegos, de *alfa, beta*... formaron *alfabeto*, y los latinos de *a, b, c, d*... *abecedario*. Cuando se habla en general de las letras de diversos idiomas, se emplea, sin embargo, la denominación griega *alfabeto*.

(2) Que dicho abecedario es de origen griego y no etrusco consta por el dicho de Tácito (*Ann.*, xi, 14): *Forma est litteris latinis quae veterum graecorum*. Lo mismo han demostrado muchos gramáticos modernos, entre otros Müller.

cido en la escritura latina moderna para distinguir el sonido vocal de la *i* del semivocal que expresa hoy la *I* (1).

II

Pronunciación de las vocales

A.—De los cuatro diversos sonidos que tenía esta letra sólo podemos apreciar los dos que han pasado á nuestro idioma, y pueden percibirse comparando la pronunciación de la primera con la segunda y tercera sílabas en las voces castellanas *lámpara*, *máxima*, y las primeras con las últimas en los vocablos latinos *machina*, *carmina* y otras semejantes.

E.—Del mismo modo se empleaba para expresar, como la anterior, los dos sonidos que tienen en nuestro idioma las vocales, estando ó no acentuadas; suena por tanto la *e* de manera distinta en *tempora*, *lectulum* y en *amicæ*, *delectabile*.

Aun siendo breve, tenía además diverso sonido en el medio y al fin de dicción: en el primer caso solía pronunciarse casi como *i*; por eso las formas antiguas *tempestatebus*, *mereto*, *Menerva*, *leber*, *magestes*, *ameci*, etc., fueron sustituidas por *tempestatibus*, *merito*, *Minerva*, *liber*, *magister*, *amici*, etc. Al fin de dicción la *e* breve se pronunciaba con claridad, como en las voces *pater*, *inter*.

La *e* larga se aproximaba en su pronunciación ya al diptongo *ae*, ya al en *oe*, ó bien á nuestra *i*; lo primero puede demostrarse por las inscripciones de los últimos tiempos de la República romana, en las cuales se observa la *e* sustituida por *ae* y por *oe*; lo segundo se apoya en el dicho de Quintiliano, quien

(1) Los romanos usaban á veces de la *I* mayúscula cuando dicha letra es consonante. Hasta el siglo xvii no se inventó el signo *j*, que no se emplea en los escritos que proceden de la Curia romana ni en las ediciones más correctas. Apoyados en esto, prescindimos de ese signo en la parte latina de este opúsculo.

asegura que en la *e* final de *haere*, «*neque e plane, neque i auditur*». En la época de Augusto, este sonido medio entre *e*, *i*, se expresaba por *ei*.

I. Fuera de los dos sonidos que se perciben, como hemos dicho, en toda vocal, según el acento que lleve en la palabra, la *i*, siendo breve, entre los doctos solía pronunciarse como en nuestro idioma; mas en la lengua vulgar á veces se aproximaba á la *e*.

Llegó también á confundirse con la *u* así en la pronunciación como en la escritura, como lo indican antiguas inscripciones, en las que se encuentra escrito, v. gr.: *maximus* ó *maximus*, *libido* ó *libido*.

O. Además del sonido doble explicado arriba, los romanos pronunciaban la *o*, larga ó breve, ya como suena entre nosotros, lo que era más frecuente, ó bien con sonido obscuro semejante al de nuestra *u*.

U. Se pronunciaba como en español, según fuese ó no acentuada.

Y. Como en griego, es decir, entre, *i u* (*u* francesa).

III

Diptongos

«De las vocales, una es fundamental, la *a*; dos son derivadas extremas, *i*, *u*; dos intermedias, *e*, *o*. La *e* originariamente es igual á *a* más *i*, la *o* igual á *a* más *u*. Otra vez la *e* y la *o* no son más que representantes débiles de *a* primitiva. Ahora bien, si las vocales extremas *i*, *u* se refuerzan con la fundamental *a* antepuesta, tendremos los diptongos *fundamentales ai*, *au*; y si la *a* es reemplazada por sus representantes débiles *e*, *o*, tendremos los diptongos *derivados ei*, *eu*; *oi*, *ou*. Hay otro diptongo, al que nosotros llamamos *accidental* porque su formación obedece simplemente al encuentro accidental de las dos vocales extremas, *ui*. Previa estas ligeras indicaciones, pasemos á estudiar el valor fonético de cada

uno de dichos diptongos y sus sucesivas modificaciones.

»AI. Este diptongo fundamental aparece en los tiempos más antiguos; pero también en época muy remota se le ve reemplazado por *ae*. En el decreto sobre las bacanales se lee *aedem*: en los documentos públicos posteriores á la época de los Gracos prevalece exclusivamente *ae*, y sólo una vez se encuentra *ai* en *literaive*. (Guardia, *Gramm. de la langue latine*.)—De donde debe inferirse que en los tiempos más remotos del latín, de los cuales nos han quedado inscripciones, *ai* debió escribirse y pronunciarse como tal diptongo; que éste empezó luego á oscurecerse en *ae*, prevaleciendo exclusivamente este último en tiempo de los Gracos.—Del mismo modo que *ai* se redujo á *ae*, éste se debilitó y oscureció á su vez en *e*, así en la pronunciación como en la ortografía. Ya en tiempo de Lucilio, el *ae* derivado de *ai* sonaba como *e* en algunas palabras en la pronunciación de los habitantes de la campaña de Roma: *Cecilius*, *pretor*, por *Caecilius*, *praetor*; y el dialecto vulgar latino de la Campania presenta ya en el siglo primero de la era vulgar, según lo revelan las inscripciones, *e* por *ae*, no sólo en sílabas radicales, como el de la campaña de Roma, sino en desinencias de casos: *queres*, *etati*, *presta*, *tabule*, *que* (por *quae*). Asimismo, inscripciones de los siglos III y IV de Jesucristo nos prueban que en aquella época, si bien *ae* se conservaba en la escritura de los libros y de los documentos legales, se había oscurecido, sin embargo, en *e* aun en la pronunciación culta, por ejemplo: *praefectus*, *seculo*, *aque*, *patrie*, *Cesar*, *nostre*. En inscripciones sepulcrales del siglo III presentanse á veces seguidamente dos formas del mismo caso escritas una con *ae* y otra con *e*, y viceversa; por ejemplo: en los genitivos *Cocceiae*, *severe*, *mire*, *sapientiae*; en los tiempos dativos *Enniae* *Prisce*, *memoriae aeternae*. Añádese á esto que ya en los tiempos de la República, la η griega era representada en latín con *ae* ó *e*: *scaena* y *scena* — $\sigma\chi\eta\eta$. De todo lo cual se

infiere la reducción del sonido *ae* al de *e*.—En resumen: el diptongo *ae* es originario de *ai*, pronunciándose *e* ya en los tiempos del Imperio.

»**AU.** Este es el único diptongo que ha podido conservarse sin alteración desde los primeros á los últimos tiempos de la lengua latina. Sin embargo, se obscureció también en la pronunciación, convirtiéndose en *o*, á veces en *u*, y algunas, aunque raras, en *a*.—El obscurecimiento en *o*, que tuvo origen ya en tiempo de la República, particularmente en la lengua *rústica*, aparece en inscripciones de la época imperial. Existen palabras en que se encuentra la *o* paralelamente al diptongo *au*. La pronunciación de estas palabras era incierta; pues, según Suetonio, en tiempos de Vespasiano los doctos pronunciaban *au*, y el pueblo *o*, en las palabras *claustra* y *clostra*, *cauda* y *coda*.—El obscurecimiento de *au* en *u* es también antiquísimo: *raudus* y *rudus*, *fraus* y *frude*.—Respecto á la condensación de *au* en *a*, nótase ya en los tres primeros siglos del cristianismo en algunos nombres propios: *Agustus*, *Cladius*, *Agustinus*, por *Augustus*, *Claudius*, *Augustinus*. Esta ortografía se extendió en el siglo IV á algunas otras palabras: *ascultare*, *clastro*.—Este fenómeno no tuvo nunca lugar en la lengua vulgar, de lo cual son buena prueba las lenguas romances, que traducen generalmente por *o* ó por *u* el *au* latino. En español se prefiere la *o*: *pauper* (pobre), *aurum* (oro), *audire* (oir), *gaudium* (gozo).

»**EI.** En la época más remota del latín, *ei* se pronunciaba como tal diptongo, ora: 1.º, en sílabas radicales, v. gr.: *deiva*, *leiber*, *deicere*; ora: 2.º, en las desinencias en *eis* del dativo y ablativo plurales de los temas en *o*, v. gr.: *populeis*, *domneis*, *serveis*, *heisce*.—Desde la época de los Gracos hasta César ya se nota obscurecida la pronunciación del diptongo *ei* hasta en los casos antedichos; y en una misma inscripción se ve escrita la misma palabra en su sílaba radical ya con *ei*, ya con *i*: *dicetur* y *deicere*; *ibunt* y *eire*; *literam* y *leiteras*; y el hecho de proponer Lucilio que

se adoptase el signo *ei* para representar la *i* llena en la desinencia del nominativo plural de los temas en *o* y en el dativo singular de los temas en consonante (*furei*), á fin de distinguirla de la otra *i* más debil, es buena prueba de que en su tiempo el diptongo *ei* sonaba como dicha *i* llena.

»**OI.** Este diptongo (analógicamente al diptongo *ai*) aparece inalterado en las sílabas temáticas, en los tiempos más antiguos de que han quedado inscripciones: *oino*, *foideratoi*, se lee en el senadoconsulto sobre las bacanales. En los tiempos de la primera guerra púnica, *oi* comenzó á debilitarse y obscurecerse en *oe*, y los manuscritos de Plauto ya sólo presentan *oe*. En tiempo de los Gracos, la pronunciación oscila entre *oe* y *oi*; mas en la época de la primera guerra civil entre Mario y Sila *oe* prevalece, así en la escritura como en la lengua hablada.—A su vez *oe* se obscurece en *e* en la edad imperial, y esta *e* prevalece, así en la escritura como en la pronunciación: *obsenus*, *obedire*, *amenuis*, *federato*, *pena*; y alguna vez sucede que *oe* es usado erróneamente en vez de *e*; por ejemplo: en *foemina*, *foecundus*, *foelix*, *poenates*.—*Oi* se obscureció también en *u* ya en tiempo de los Gracos en sílabas radicales. Así es que en dicha época, paralelamente al diptongo *oi*, aparece *u*: *ludere*, *unus*, *munus*, *municipium*; y *loidus*, *oina* (que también se escribían *loedos*, *oenos*), *moinera*, *moinicipium*.—En la desinencia de ciertos casos, *oi* también se debilitó y convirtió en *ei* é *i*: encontramos las siguientes formas de nominativo plural del tema *viro*: *virei*, *vire*, *viri*, derivadas probablemente de *viroi*, forma más antigua.

»**EU.** Este diptongo se obscureció muy pronto, transformándose en *u*. En un fragmento de los versos salios se halla *Lucetium* paralelamente á *Leucesie*, y son conocidísimas las fomas *nullus*, *nunquam*, por *ne-ullus*, *ne-unquam*. Este diptongo sólo se conservó en algunos compuestos latinos, á saber: *ceu*, *neu*, *seu*, *neuter*, *neutiquam*; en las interjecciones *heu*, *eheu*, *heus*, *euge* (traducida del griego esta última),

y en palabras griegas: *Orpheus, Eurus, Euboca....*

»OU. Sólo se encuentra en inscripciones anteriores á la época de la guerra social: *publicom, loumen, indoucere, plourima*. En los monumentos que pertenecen á los tiempos de la primera guerra púnica ya se encuentra *u* en vez de *ou*. En la época de los Gracos la pronunciación oscila entre *ou* y *u*: *Iousit* y *Iusit, Ioudices* y *Iudices*. En el siglo de oro, *ou* se había perdido por completo. Pero debe tenerse en cuenta que no siempre *ou* se obscureció en *u*, si que también alguna vez en *o*, y no es raro encontrar una misma palabra con esta triple ortografía: *publicom, Publio, poplicod; nountios, nuntius, nontiata*.

»UI. Esta combinación sólo es diptongo en *hui* (interjección), excepcionalmente en *huic, cui*, en los poetas. Su pronunciación nada ofrece digno de notarse.—(Calatayud y Bonmaty, *Ortología Latina*.)

OBSERVACIÓN.—Nuestra pronunciación, por tanto, así de las vocales simples como de los diptongos latinos, es la misma que la de los romanos. Sólo que nosotros pronunciamos unas y otros uniformemente en todos los casos, mientras aquéllos, según hemos visto, solían dar á las vocales, en determinadas circunstancias, un sonido más ó menos abierto ó cerrado, claro ú obscuro, delicadezas de pronunciación hoy de todo punto inapreciables.

IV

Consonantes

B.—Pronunciábase en los tiempos primitivos y en la edad de oro con sonido semejante al de nuestra *p*, y se escribía indiferentemente *Pyrrus* ó *Byrrus*. Después de la época clásica fué debilitándose hasta obtener la pronunciación que tiene en castellano.

C.—En tiempo de los romanos se pronunciaba con el sonido fuerte de la *k* delante de todas las vocales, como lo demuestran las inscripciones de todos tiem-

pos. Hasta el siglo VII de nuestra era empezó á darse el sonido suave antes de *e* y de *i*.

D.—Llegó á confundirse con la *t*, y se escribía, por ejemplo, *Alexanter, Cassantra, aput*, por *Alexandre, Cassandra, apud*. Los antiguos solían agregarla á las vocales que terminan dicción. En la columna rostrada de Duilio se lee: *In altod marid pugnandod cepet*, por *In alto mari pugnando cepit*. De aquí proviene la incertidumbre sobre el sonido que le daban antiguamente los romanos; mas parece que ya en los últimos tiempos de la República tuvo el sonido que hoy conserva.

F.—Es probable que su pronunciación fué, en tiempo de los romanos, muy parecida á la nuestra, aunque más dura y sibilante. *Paene non humana voce*, dice Quintiliano, *inter discrimina dentium efflanda*.

G.—Tenía un sonido duro, como en *gamma*, y según indicamos en la escritura se confundió por mucho tiempo con la *c*. *C et g, sono proximae*, dice Victoriano (p. 2434 P). Muy posteriormente se le dió el sonido de nuestra *g*. En la combinación *qu*, seguida de vocal y precedida de *n* (*nqu*), sonaba la *u*: como en *sanguis, sanguinis, languor, anguis*.

H.—Como insinuamos en el texto, los gramáticos no están acordes en considerarla como letra. Aun los mismos clásicos la escribían y aspiraban caprichosamente en sus libros. Se halla, por ejemplo, *harundo* y *arundo, heres* y *eres, haerus* y *erus*. Así se explica cómo desapareció paulatinamente su sonido.

K.—Expresaba antes el sonido fuerte de la *c*; cuando ésta adquirió este sonido, fué desapareciendo la *k*, y sólo se empleaba para escribir en abreviatura algún vocablo; por ejemplo, *Kal.* por *Kalendas*.

L.—Según Plinio, sonaba de tres modos distintos, según su posición; mas hoy nadie puede apreciar esas diferencias.

M.—Siendo inicial de palabra, sonaba fuerte; al fin, de un modo obscuro; en medio de dicción y delante de una labial, apenas se percibía su sonido: *etiamsi*

scribitur, dice Quintiliano, *tamen, purum, sprimitur*. (Lib. IX, cap. IV.)

N.—Acerca de ella dice Prisciano (lib. I): *N plenior in primis sonat et in ultimis partibus syllabarum, ut nomen; tamen; exilior in mediis, ut contemnis, damnum.*

P.—Se pronunciaba en todo como la nuestra.

Q.—«Esta letra, dice D. Vicente Calatayud y Bonmaty en el opúsculo citado, se halla siempre vocalizada en *u*, la cual acompaña constantemente á aquélla en la escritura.... la *qu* debe siempre vocalizarse de manera que se perciba el sonido de la *u*.»

En la excelente *Gramática de la lengua latina para uso de los que hablan castellano*, escrita por los Sres. Caro y Cuervo, individuos de la Academia Española, se lee lo siguiente respecto de la *q*:

«No se usa (su nombre lo indica) sino antes de *u*, la cual sonaba y debería sonar siempre, cualquiera que sea la vocal siguiente. La *u* que acompaña á la *q* se considera como líquida, esto es, como que su valor prosódico se pierde, pero no su pronunciación, cosa que también sucede con la *u* después de *s* y *g*, como en *suavis, lingua*; con la *l* y la *r*, como *patris, assecla*; voces que á nadie se le ocurriría pronunciar *savis, linga, patis, asseca*, haciendo mudas las letras líquidas. En los versos latinos, para el efecto de la medida, lo mismo vale *qualis* que *talis, quoque* que *bone, quid* que *quod*, lo cual prueba que no había la inconsecuencia en que hoy incurren algunos pronunciándola en unas partes y no en otras. Pero la *u* líquida recobraba á veces su valor de vocal, lo mismo que la *r* de *patris* el de consonante; así es que en Lucrecio se halla *reliquas* de cuatro sílabas (IV, 963) y *siudent* de tres (IV, 1150), por donde se ve que la *u* entonces no era muda.

»Comparando el latín con otras lenguas de la misma familia, se observa en él la tendencia á acompañar las guturales de una *u*; así, cuando el sanscrito dice *ahis* y el griego *αἰς*, en latín es *anguis*; cuando en sanscrito es *sachámi*, en latín es *sequor*, en lo cual coincide con

el gótico; de suerte que *quot*, que en el sanscrito védico es *kat* y en zend *kad*, aparece allá *hvata*. Sucede en ocasiones que desaparece la gutural y queda sólo la *v*, como en *vermis*, que originariamente hubo de ser *quermis*, en sanscrito *krimis*; persistencia de la *u* que prueba no haber sido ociosa en un principio; y así como el vacilar las formas del alto alemán medio entre *gu* y *k*, v. gr.: en *quít* y *kit*, no es argumento contra la pronunciación del gótico *qvithan* (en inglés *quoth*), ni la del alemán moderno *kommen* contra la de la raíz también gótica *qvam*, así tampoco lo es la nuestra contra la antigua latina; con tanta más razón que en castellano omitimos la *u* en casos en que nadie lo haría en latín, como en *escama (squama)*, *nunca (nunquam)*, *cantidad (quantitas)*.

»En favor de la pronunciación de la *u* después de la *q* está también el modo como los griegos representaban en su lengua los vocablos latinos en que ocurre esa combinación: *Quintus* se decía *Κουιντος* (Polibio, Plutarco, etc.); *Quirites*, *Κουριται* (Dio Casio) y más comúnmente *Κυριται*; *inquinus*, *εγκουινος* (Apiano, *Bell. Civ.*, II, 104.)»

Del célebre gramático Velio Longo traducimos lo que sigue: «Se disputó sobre la letra *q*, y algunos intentaron suprimirla; *no es otra cosa que c y u*, y no menos se puede escribir *quis* con *c, u, i, s*, que con *q, i, s*; por eso algunos escribieron *quis, quae, quod*, suprimiendo la *u* (*qis, qae, qid*), porque en la *q* están incluídas la *c* y la *u*.»

Donato (in *Andr.*, act. I, sc. I) dice: «Los antiguos escribieron con *q* el dativo *cui*, porque entre *qui* y *cui* no hay diferencia alguna, sino que el último es á veces diptongo.»

De estas y otras muchas autoridades que podríamos citar, así de antiguos como de modernos autores, se desprende que cuando el latín era lengua viva sonaba siempre la *u* después de la *q*, y creemos que este uso debería restablecerse.

Los que no opinan como nosotros alegan en contra el uso que prevalece en algunas provincias de España

y de América; mas si esto tuviese fuerza probativa, los que tal dicen, para ser consecuentes, tendrían que conservar otros innumerables defectos en que casi todos se deslizan, y que el uso general autorizaría según ellos. En latin, v. gr., se atiende muy poco á la Etimología, á la Analogía de los vocablos; la Sintaxis se quebranta con frecuencia, así en el régimen como principalmente en la colocación de las voces, en la que se prescinde por completo del hipébaton, que es peculiar al idioma; por cuanto á la Prosodia, son tantos los defectos que todos cometen, que ocuparíamos páginas enteras para transcribirlos. En castellano sucede lo propio: el uso, ó mejor dijéramos el abuso general, es que se diga, v. gr.: *venimos* por *vinimos*, *pretil* por *petril*, *cabresto* por *cabestro*, etc.; *ocuparse de bagatelas* por *en bagatelas*, *dignarse venir* por *dignarse de venir*, y otros vicios gramaticales sin número, en que doctos é indoctos incurren con excepciones rarísimas. No hay que confundir el uso con el abuso, porque eso produce anarquía completa.

Por lo demás, no creemos que el uso, árbitro de las lenguas vivas, modificadas y perfeccionadas constantemente por él, extienda su dominio sobre los idiomas muertos; por lo contrario, todos están acordes en confesar que la perfección de éstos consiste en que se acerquen en un todo al uso de quienes los hablaron en la antigüedad.

Los que omiten el sonido de la *u* después de la *q*, tras de no tener sobre qué fundarse, se encuentran perplejos en muchos casos, y á menudo faltan á su regla; por ejemplo, hacen sonar dicha letra en las palabras siguientes: *quo*, *quorum*, *quotus*, *quoque*, *sequentia*, etc.

No se diga que de restablecer dicho sonido habrían también de pronunciarse las demás letras según el uso de los romanos; porque: 1.º Hay muchísimas incertidumbres en esa pronunciación.—2.º Los cambios introducidos respecto de las otras letras obedecen á razones poderosas, y en ésta sólo al capricho.

Agregaremos, para disipar alguna objeción, que el

latín, lo dicen todos los gramáticos, debe pronunciarse según la respectiva prosodia de cada lengua sólo cuando es desconocida la pronunciación de los romanos.

R.—Lo único en que se diferenciaba de la nuestra es en que los latinos no solían duplicarla. Su sonido era más ó menos fuerte, según el lugar que tenía en el vocablo.

S.—Los latinos, según la *Ortología* citada, pronunciaban esta letra con un sonido robusto y fuerte ó áspero, no sólo en principio de palabra, sino también en medio, cuando precedía ó seguía otra consonante. Infírese esto: 1.º del hecho de conservarse siempre delante de los sonidos explosivos sordos ó fuertes, formando las combinaciones *sc*, *sp*, *st*; y 2.º, de que los guturales y labiales sonoros se convierten en los sordos correspondientes delante de esta letra; ejemplo: *scripsi* de *scribo*, *rex* (*—rexi*) de *rego*.—Entre dos vocales la *s* debió sonar dulce ó suave, según se infiere de su frecuente conversión en *r*; ejemplo: *Papirius* por *Papisius*; *arboris* por *arboris*, de *arbor*; *moris* de *mos*; *lares* por *lases*....—En fin de dicción, la *s* tenía un sonido sumamente débil; en los más antiguos monumentos se nota ya la desaparición de esta letra final en gran número de formas, á saber, en el nominativo singular de los temas en *o*; ejemplo: *Cornelio*, *Fabricio*, *Metilio*; en el acusativo singular neutro; ejemplo: *maio*, *mino*, *diu* (*dius*), *interdiu* (*interdius*). En las inscripciones de la época de Augusto se nota todavía en mayor grado la falta de dicha desinencia, y en los monumentos de la edad imperial, que sucede á la anterior, desaparece las más de las veces de todas las formas de los casos que la llevan; así es que en el siglo IV de la era cristiana había caído ya completamente en desuso en la lengua vulgar.—Notable es el cambio en la desinencia verbal pasiva: ésta era primitivamente el pronominal reflexivo *se*; perdida la *e* final, la *s* se debilitó en *r*; ejemplo: *amatur* por *amatu-s(e)*; *audior*, *legor*, por *audio-s(e)*, *lego-s(e)*. También en el infinitivo tiene lugar este

cambio de *s* en *r*: *amare* por *amase* (conf. *esse*, *amavise* ...)—En las combinaciones prevalece generalmente esta letra ó se asimila á la que le precede (*asimilación regresiva*); ejemplo: *cos* por *coss*—*cost*; *missi* por *missi*, de *mitsi*.

T.—Se pronunciaba como la nuestra, ya fuese al principio, medio ó terminación de las voces. Hasta los últimos tiempos del Imperio romano se introdujo el sonido sibilante de la *t* (semejante al de la *z*) cuando está seguida de *i* y otra vocal; *lectio*, por ejemplo, sonaba *leczio*.

V.—Cuando era consonante, se pronunciaba como la nuestra.

X.—No se empleaba al principio de dicción; en el medio y al fin tenía el sonido de *cs* ó *gs*; v. gr.: en *lux* era *lucs*; en *rex*, *regs*.

V

Letras dobles

Ennio introdujo, á imitación de los griegos, las consonantes dobles en la escritura latina; su uso era desconocido en tiempo de Plauto; *Plautina actate*, dice Ritschl (*Prisc. Lat. Mon.*, pág. 16), *nec geminatum, nec aspiratum esse meminervis*; pero ya se empleaban generalmente 120 años antes de Jesucristo.

H.—Equivale á dos χ de los griegos, esto es, á *c* ó *h* con espíritu. Según Gaspar Sciopio (*Grammatica Philosophica*, ed. 1728, pág. 320), sólo los alemanes conservan el verdadero sonido de esta letra. Ese sonido es semejante al de la *k*, y, por consiguiente, la pronunciación de los países latinos es en esto muy aproximada, porque entre nosotros, *charta*, *chirurgus*, se pronuncian *karta*, *kirurgus*.

PH, TH, RH.—Equivalían respectivamente á las aspiraciones griegas ϕ , θ , ρ . En la pronunciación latina tuvieron por algún tiempo la aspiración entre los li-

teratos; pero á poco sólo servían para conocer el origen de los vocablos. *Ph* equivale á *p*, *th* á *t* y *rh* á *r* fuerte (1).

(1) Para confirmar lo que insinuamos sobre reformas en la pronunciación latina, transcribimos lo que sigue de una publicación española de reciente fecha:

«Sabido es que todas las naciones latinas han acomodado la pronunciación del latín á la de su propia lengua, siendo aquélla tan diferente en cada una de ellas que, hablando la misma lengua latina, no se entienden individuos de las diferentes nacionalidades. Esto evidentemente es un mal, aparte lo absurdo de introducir en la pronunciación del latín sonidos y entonaciones enteramente extraños á los latinos. Merced á los grandes descubrimientos de la nueva lingüística, la pronunciación de éstos no nos es ya completamente desconocida, y la tendencia general en nuestros días es uniformar en lo posible la pronunciación latina según la propia de los romanos. En Francia é Inglaterra se ha iniciado ya la reforma en aquel sentido.»